

A MI QUERIDO PAPÁ

MI SEÑOR

ANTONIO BARRAGAN.

FANTASIA idea que me he forjado,
al escribir la presente historia, ha sido
desarrollada expresamente para dedicársela
á Vd. como un recuerdo de mi filial cariño. ¿Cuál
es el mérito de ella? Ninguno: falta de concep-
tos y de frases que la hermoseen, se semeja á
esas flores sin aroma, que mueren en el mismo
sitio en que nacieron, sin que una mano haya de-
jado nunca separarlas de su tronco para colocar-
las en un jarrón de flores ó darles terno en el pe-
nacho de una virgen. Sin embargo, aunque sin
ningún colorido, ella es una lágrima desprendida
del fondo de mi corazón; es una flor que he cul-
tivado en la aridez de mi pensamiento y á la que
ha dado vida el ardiente sol de mis sentimientos
y el triste rocío de mis lágrimas; es, en fin, un
rayo de luz entre las sombras de mi vida. Acep-
tela Vd. con gusto, y con eso quedará orgulloso y
eternamente reconocida su respetuosa hija

EL JURAMENTO.

FANTASIA.

A mi querido papá Antonio Barragan.

Es dulce y bello
Morir con la mujer á quien se adora,
Confundirse sus últimos alientos,
Y sentir á la par dos agonías
Regalándose amor y juramentos.

J. MÁRMOL

Al pié de un verde y elevado monte,
Se levantaba gótico castillo,
De altas torres tostadas por el brillo
Del sol que baña el mar del horizonte.
Jugando el cervatillo
Con la gacela tímida y gallarda
Que iba á perderse entre el follaje verde,
Que cobijaba los cimientos rudos
De aquella mole que al zenit subía

Como Náyade, altiva y corpulenta,
Por el viento azotada y la tormenta
Que sus derruidas tapias carcomia.

Era su propietario un viejo conde
De cabellera blanca y blanca barba,
Que despues de mil tristes desengaños
Pasaba allí sus postrimeros años,
Gozando la ventura
De aquella soledad tranquila y pura,
Que no turbaran las dañadas auras,
Que envenenan la corte y los palacios
De perlas y topacios.

Una hija amante, pura y hechicera,
Era en la soledad su compañera;
Casta como la nube,
Linda como la flor que á la mañana
Tiende apasible sus menudas hojas
Por recojer galana,
Blancas perlas que al sol se tornan rojas.

Era de junco su flexible talle,
Su semblante de pálida gardenia,
De seda su cabello,
Sus encendidos labios de corales,
De blando lirio su nevado cuello
Y sus ojos de estrellas tropicales.

Tenia el corazon tierno y ardiente;
Pero capaz de todo:
Tal era el ángel que de aquel castillo

El centro embellecia,

Mas ¡ay! á la zazon que de ella hablamos,

Mortuoria sombra de letal tristeza

Marchitaba el carmin de su belleza;

Las constantes caricias de su padre

Solo aumentaban su pesar profundo;

Pesar que ocasionaba su martirio:

Amaba con delirio

A un bello jóven de gentil presencia;

Como ama al sol el delicado lirio.

Aquel jóven, objeto de su anhelo,

Pronto partir debía

A respirar la brisa de otro suelo.

Por eso en el silencio de la noche

Empapaba con llanto

Su blando, puro y perfumado lecho;

Por eso con la brisa

Vagaban los suspiros de Denisa.

Paris se presentaba ante sus ojos

Con su belleza y artes,

Con sus lindas y mágicas mujeres,

Con su gloria y placeres,

¡Paris, donde su amante

Quizá su amor olvidará inconstante!

II

Era la hora en que el astro moribundo
Su frente oculta tras la verde roca,

La hora en que el día con dolor profundo
Solo misterios de tristeza toca,

La hora en que calla triste el papagayo
Cansado de su charla y tontería,
La hora de la languidez y de desmayo,
En que la noche sustituye al día.

Blancas nubes velaban las montañas
En sus crestas vagando vaporosas,
En tanto que entre lirios y espadañas
Se apiñaban alegres mariposas.

De rama en rama el pardo huilacoché
Su último canto alzaba placentero,
Y el vélo saliendo de la noche
Plegaba sus alillas el filguero.
Lloraba el girasol enamorado,
Y se alzaba en botón el garambucé,
Al ver sobre su pétalo dorado
La luz radiante del sutil cocuyo.

Denisa en tanto en medio de las flores
De un hermoso jardín, se estremecía,
Al escuchar dulcísimos amores
De un bello joven que a su lado habla;

Y mientras que las auras de la noche
Vagaban con ardiente regocijo
En torno de la rosa y de su broche,
Así la joven a su amante dijo:

—Nunca he dudado de tu amor, Ricardo,
No nace mi tristeza de temores:
Te amo, como ama el espinoso cardo,
Del rudo sol los fibios resplandores.

Es un presentimiento el que me asalta
Al pensar en tu ausencia de dolores,
Porque yéndote tú, todo me falta,
Espacio, luz, encantos y colores.

Es un presentimiento que me abruma,
Que no me deja descansar un rato,
Que aumenta y crece como espesa bruma
Cuanto yo más de soledad le trato.

Paris, la capital de los placeres,
Se presenta a mis ojos con sus galas;
Y al pensar en sus célicas mujeres,
Tiende al dolor mi corazón sus alas.

A veces imagino que la muerte
Terminará nuestra fatal ausencia,
Robando con las sombras de la muerte,
De nuestro amor purísimo la esencia.

Negros fantasmas por la noche volan
En derredor de mi agitado lecho,
Y con terribles frases me revelan
Cosas que rasgan mi llagado pecho.

Juzgo ya seca en su cerrado broche
La blanca flor de la esperanza mía;

Por eso lloro en la callada noche,
Y vagan mis suspiros por el día.

—Basta, Denisa, tu dolor modera,
No más derrames tu precioso lloro,
Cese la pena que tu faz altera,
¿No comprendes, no sabes que te adoro?

Me es preciso partir, y no te engaño;
Cuando llegue otra vez la primavera,
En el preciso término de un año,
Aquí á tu amante, mi Denisa, espera.

Sí, volveré á tu lado, te lo juro;
Los nuevos lirios nos darán su aroma,
Y entre la selva de follaje oscuro,
Nos mandará su canto la paloma.

Volveremos como hoy, sobre la grama,
A respirar unidos el aliento
Que la tarde fresquisima derama,
En el murmurio del nevado viento.

Y antes que llegue la estacion lluviosa,
Con su fresco tapiz de sacatillo,
El hombre tú recibirás de esposa,
De la capilla en el altar sencillo.

Cruzarémos el campo y su maleza,
Después unidos con eternos lazos;
Reclinarás tu sien en mi cabeza,
Y tu albo cuello estrecharán mis brazos.

De azucenas, jazmines y rosales,
Una corona tejeré en la selva,
Y la pondré en tus sienes virginales,
Adornada de mirto y madre selva.

¡Ves esos sauces de gigante cumbre?
Por el ramaje levántanse unidos,
A recibir la postrimera lumbre
De los rayos del sol descoloridos?

Ellos, que no conocen la desdicha,
Que no doblegan al dolor su frente,
Los testigos serán de nuestra dicha,
Como hoy lo son de nuestro adiós doliente.

Ven, ven, aquí, bajo su linda sombra,
Por la aspirante luz ennegrecida,
Del verde musgo en la mullida alfombra,
Recibirás mi tierna despedida.

Aquí, junto á su tronco ceniciento,
Tu blondo pelo jugará la brisa;
Impregnarás sus cepas con tu aliento,
Y envidiarán sus hojas tu sonrisa.

No tiembles, no, sobre mi mística frente
Fija otra vez tus celestiales ojos,
Dime que me amarás eternamente,
Que trocarás en flores mis abrojos.

Dime que en esta ausencia inesperada
No darás al olvido mi memoria,

Que guardarás en tu alma perfumada
La blanca flor de nuestra amante historia.

Dime, que nunca caprichosos lazos,
Alzando entre los dos eterno muro,

Te arrojarán de otro hombre entre los brazos,
—;Nunca, nunca, Ricardo, te lo juro!

Sabes que te amo y que por ti gustosa
Gota á gota mi sangre vertería:

Antes que seré infiel, la eterna losa
Me cubrirá con su ceniza fría.

Mi pensamiento seguirá tus huellas,
Al traves de los mares y los montes,

Buscare tu mirada en las estrellas
Que brillan en los limpios horizontes;

Por la mañana, cuando el alba asoma
Con su manto de luz y pedrería,

Sola, vagando por la embriega luna
Escuchare del viento la armonía.

Porque el murmurio de su blando acento
Me hablará de tu amor y tu ternura;

Y las caricias de su fresco aliento,
Serán caricias de tu mano pura.

Te enviaré mis suspiros en la brisa,
Te llevará la luna mis miradas,

Mis suspiros de amor y mi sonrisa
Irán á tí en las auras perfumadas.

Te mandaré mis tímidos cantares
En el suave silbido del ambiente,
Y en las ondas rizadas de los mares
Los dulces sueños de mi amor ardiente.

—;Oh, Denisa! tan santo juramento,
Guardado queda dentro el pecho mio;
El calmará mi rudo sufrimiento
Allá en mis horas de terrible hastio.

El me dirá: "tu amada no te olvida,"
Allá en mi amarga soledad desierta,
Y con sus frases de pasión sentida
Enjugará las lágrimas que vierta.

—Ya la noche se acerca con su velo,
Ofuscando las galas de la tarde,
Ya en los crespones del nevado cielo,
La blanca luna entre celajes arde.

Adios, Ricardo, tu recuerdo ardiente
Será lejos de ti mi sueño puro.

—Permíteme besar tu blanca frente.

—;Me olvidarás?—;Oh! nunca, te lo juro.

Oyóse un beso que la fresca brisa
Recojió entre sus alas palpitantes;
Y envidiando del nardo la sonrisa,

Dejaron el jardín los dos amantes.

III

Nada mas triste en la vida
Que vivir siempre esperando.

Con negras dudas luchando
 A la sombra del temer,
 Ver que concluyen las horas,
 Que van y vienen los días,
 Sin ahuyentar las sombrías
 Tintas de nuestro dolor,
 Dos veces la primavera
 Ha llegado con sus flores,
 Embalsamando de olores
 La floresta y el jardín,
 Desde que partió Ricardo,
 Ya dos años han corrido
 Y el amante no ha venido.
 ¿Perjuo habrá sido al fin?
 Denisa, en tanto, padece
 Con ese dolor del alma,
 Que desconoce la calma,
 Que no haya nunca la paz.
 Como rosa desprendida
 Al soplo de la tormenta,
 Su amor perdido lamenta,
 Y su ventura falaz,
 ¡Llora infeliz! ¿Mas qué importa?
 Las lágrimas de los ojos
 Suelen calmar los enojos,
 Pero curarlos, ¡jamás!

Alfonso, duque de Parma,
 En tanto á sus pies suspira:
 El amorado la mira,
 Zeloso tambien quizás,

Que en año y medio que lleva
 De amor hablando á Denisa,
 No ha alcanzado una sonrisa
 En premio de su pasión.

Y así los hallan los días,
 Tristes a los dos llorando;

Ella su amor desdenando
 Y esperando el compasion.

IV

Era una fresca y plácida mañana,
 Mañana pura del florido Abril:
 Nubes de plata y encendida grana,
 Las puertas del Oriente iban á abrir.

El sol apareció con régia cauda
 Esparciendo su tibio resplandor,
 Y juguetona, y como el viento rauda,
 A las flores la brisa despertó.

En tanto del castillo, con presteza,
 De criados una alegre multitud,
 Adornaba la rústica belleza,
 Con flores, con listones y tisú.

Blancas cortinas de costosa tela,
Sobre las puertas míranse flotar:
Lujo, riqueza, en todo se revela. . . .
¿Qué rica fiesta preparando están?

V

Como la flor meditabunda y pálida,
Sola Denisa en su aposento está;
De cuando en cuando su mirada rápida
Alza del cielo al insondable mar.

Por su mejilla trasparente y lánguida,
Donde ya no hay frescura ni carmin,
Se ve rodar abrasadora lágrima,
Que viene entre sus dedos á morir.

La *postrer* luz del matinal crepúsculo
Viene sobre su frente á iluminar
De sus recuerdos misterioso cúmulo,
Que arroja en su alma horrible tempestad.

Ella recuerda con encanto púdico
De su pérfido amante el dulce amor;
¡Ay! y también los juramentos últimos
Que de los sauces á la sombra oyó.

Como se mira moribunda tórtola
Presa en las garras de furioso halcon,
Allí en su negra soledad monótona,
Lucha y sucumbe presa del dolor.

De su silencio sepulcral y tétrico,
La amante voz del duque la sacó:
¡Ay! mientras él la contemplaba férvido,
Ella soñaba en su perdido amor.

VI

¿Por qué, le dice el duque enamorado,
Estrechando sus manos delirante,
Por qué esa palidez en tu semblante,
No eres el ángel de mi amor soñado?

¿Por qué tiemblan tus manos en los mias,
Y al suelo bajas tus hermosos ojos?
¿Por qué se mueren en tus labios rojos
Las dulces risas de pasados días?

Lebanta tu cabeza erguida y pura,
Alza al espacio tu serena frente;
Calma mi pobre corazón ardiente:
Con un mirar de angélica ternura.

¡Lloras! ¿Por qué? ¿No sabes que te adoro?
¿Temes acaso que mi amor te falte?
No de tu tez empañes el esmalte
Ni rasgues mi alma con tu acerbo lloro.

Dentro de una hora tu gentil cabeza
El blanco velo cubrirá de esposa:
Serás de mi palacio altiva diosa
Y envidiarán las damas tu grandeza.